

tas y frutos en gran diferencia crecen en creciente de luna, como se ve en las calabazas y toda fruta húmida. Crecen y menguan con la luna, y hacen cuernos como ella, y llegan á su forma redonda, estas tres cosas, la niñeta del ojo del gato, la mancha redonda de la pantera, la luna que forma la piedra senites (como está dicho), todas tres cosas, como la misma luna, hacen cuernos cavados, y medio y redondez, cosa maravillosa y de notar. Crece y mengua el cerebro de los animales y hombres, como lo afirma Avicena, y toda sustancia húmida, lo cual se ve al ojo en heridas de cabeza, que en plenilunio se sale del casco en convalecencia, y así todo animal y planta comen y beben y se vegetan más en creciente que no en menguante. El ave ibis va disminuyendo su comida como va menguando la luna, como está dicho. El hombre también, aunque no lo siente, si no tiene otro decremento, come y bebe más y con más gusto, y satisface y harta su raíz principal del cerebro mejor y con ménos cantidad, en su proporción, en la creciente que en menguante. En la conjunción no satisface tanto la comida á su principal, porque no toma tanto del jugo del alimento cuando se masca en la compresión de la boca, y así algunos enfermos apetecen entónces más de lo que pueden digerir; por tanto los débiles y viejos (y áun los sanos) han de disminuir la comida en el penúltimo, primero y segundo día de luna, y de allí ir la aumentando, de manera que toda médula y meollo, y toda sustancia húmida, como la sangre, jugo y quilo de toda raíz, ríos y mar tienen su aspecto á la luna, madre nutriz, y crecen en plenilunio, y van menguando con la luna. En el árbol es al revés, porque tiene la raíz al revés. Y así el árbol tiene el jugo y cremento de la luna en las ramas, y en la conjunción lo tiene en las raíces. Dice Avicena que los humores crecen con el aumento de la luna, y crece el cerebro en el cráneo (que es el casco), y el agua en los ríos y mar. Esto todo hace la luna madre nutriz, con su leche, quilo del mundo, que es el agua. En toda raíz de animal y planta su cremento da alegría, y decremento tristeza. Plinio dice que las simeas están tristes en la falta de la luna, y generalmente todos los animales, dice que sienten el menguar y falta de la luna. Y cuenta que los elefantes á cada luna nueva se juntan á manadas, y alegres, su rey delante (porque tienen y adoran rey), van al río Amilo, en Mauritania, y le bañan y saludan, y adoran la luna nueva, y le ofrecen ramos, y hecha su salutación, se vuelven.

Ver. Parece, señor Antonio, que teneis olvidadas mis preguntas del conocimiento de sí mismo que puede tener el hombre, embebido en responder á Rodonio todas las causas que le causan al hombre cremento del cerebro, que es la salud por que vive, y el decremento, que es la enfermedad por que muere. Razon es habéis otro rato conmigo, pues la variedad quita el fastidio.

Ant. Todo es hacer una hacienda; que para el conocimiento de sí mismo buena parte es conocer el hombre sus afectos y las cosas que le causan salud y enfermedad.

TÍTULO LVI.

De los ornatos del ánimo.

Otras cosas hay en el hombre, que son unas hermosuras y ornatos del ánimo, los cuales llamaron virtudes morales, las cuales son muy necesarias para el conocimiento de sí mismo y para alcanzar la felicidad ó bienaventuranza que puede haber en este mundo. Éstas son cuatro principales, que son: templanza, fortaleza, justicia y prudencia, de las cuales nacen otras, como magnánimitas, liberalitas, amicia, gratitud, etc. En las cuales, porque es materia que está escrita, no nos detendremos en ella.

Ver. Mucho deseo saber qué cosa sea gratitud, magnanimidad y prudencia, para ver si esas virtudes están en mí, y para que yo conozca al que las tiene.

TÍTULO LVII.

Afecto del agradecimiento.

El agradecimiento es un afecto que alegra y llena al magnánimo y generoso pecho, da placer, contento y alegría, como sea memoria del bien recibido; hállase mucho mayor en los magnánimos que en los pusilánimos, porque el magnánimo más se goza en dar que recibir; al contrario, muchos de baja y apocada naturaleza no lo tienen, y pluguiera á Dios que para con la divina Majestad (que tantos beneficios hizo al hombre, criándolo con tantas excelencias, redimiéndolo con su sangre, sustentándolo con tanta variedad de criaturas para su servicio, y fabricándole tal casa, tan admirable como es este mundo, y convidándole y prometiéndole otro mejor y eterno) tuvieran todos este agradecimiento, el cual podrían los hombres aprender muy bien de algunos animales, que hacen ventaja en esto á muchos hombres, y lo tienen mayor y más firme que ellos, como se halla en el león. Cuenta Plinio que Elpis Samio, llegado en Africa, saltó de su nao en la ribera del mar, y viendo venir para él un león boquiabierto, huyó y subióse en un árbol; el león, llegando al árbol con la boca abierta, que le había espantado y puesto temor, para esa misma buscaba misericordia y remedio, porque se le había hincado un hueso en los dientes, que no le dejaba cerrar la boca, y la hambre lo fatigaba; estando allí haciéndole halagos y blandicias, como con unos ruegos mudos, viendo que tanto duraba el estar boquiabierto y los halagos que le hacía, cayó en lo que quería, y dejado el miedo, abajó del árbol y sacóle el hueso de la boca, poniéndose el león con el mejor modo que para ello era menester; afirman que mientras la nao estuvo en aquella ribera le agradeció la buena obra, llevándole cada día muchos géneros de cazas.

Democrio cuenta del dragon que un niño, llamado Toante, en Arcadia, habia criado desde chico, y cuando fué grande y espantable en su naturaleza, por no matarle, lo llevó á unas montañas, donde se lo dejó. El Toante, cuando vino á ser hombre, pasando por el camino, salieron salteadores á matarlo, el cual, como acaso diese voces, afirman que el dragon, conociéndolo en la voz, salió y lo libró de los salteadores. El grande agradecimiento del perro cuenta Plinio, de un esclavo

de Tito Savino, que tenía un perro, y este esclavo fué preso por delito, y nunca jamas pudieron ahuyentar al perro de la cárcel, ni del cuerpo despues de ajusticiado y muerto, dando muy tristes aullidos; y como mucha gente romana estuviere mirándolo, uno le echó un pedazo de pan, y el perro lo tomó y lo llevó, y lo puso en la boca del difunto, y despues, echado el cuerpo en el río Tiber, entró nadando y procurando de sustentarlo encima del agua, con gran espectáculo de gente que habia salido á mirar la fe y agradecimiento de un animal. El elefante es también muy agradecido, como á otro propósito se dirá.

TÍTULO LVIII.

De la magnanimidad, que es gran ornamento del ánimo; y declara las condiciones del magnánimo.

Ant. La magnanimidad, señor Veronio, que dice grande ánimo, es una gran virtud en el hombre, y muy amable; siempre está junta con grande y alto ingenio, y sus hermanas la prudencia y liberalidad. El hombre que la tiene nunca intenta cosas pocas, bajas y de poco momento, no se satisface su ánimo ni pone su afición y estudio en cosas pequeñas y bajas; siempre intenta cosas grandes y altas; no es apocado ni corto en sus cosas; inventa y prueba cosas grandes y nuevas; habla poco y á espacio; no habla de sí mismo mucho; su andamio y meneo es grave, tardío y perezoso, y así su lengua, porque no aguija ni se apresura en estas cosas el que en pocas y grandes pone su afición y estudio. Es muy fácil para perdonar; no es vengativo ni tiene mucha memoria del mal que le hicieron, fácilmente lo olvida. Más memoria tiene del bien recibido para gratificarlo, que no del mal para vengarle, especialmente donde hay flaqueza, poca resistencia y humildad, y tiene y le sobra potencia y aparejo, que está en su mano poderse vengar, especial si el enemigo ó culpado se pone y deja en sus manos que haga dél lo que quisiere. Entónces el magnánimo, cuando más puede, ménos se venga, y perdona liberalmente, que siempre esta virtud tiene consigo á su hermana liberalidad, que es dar y hacer bien francamente á todos, como el sol para las criaturas, y por esto el magnánimo más se goza y alegra en dar que en recibir; porque, como sea á natura señor para mandar á los que son á natura siervos y pusilánimos, y el recibir es un género de servidumbre y menoridad, y el dar sea un género de señorío y mayoridad, más se goza dando que recibiendo. De esto se quejaba Salomon de este mundo (que no se conocen en él los magnánimos y señores á natura, ántes prevalecen muchas veces y valen más en este mundo los siervos á natura y pusilánimos), diciendo: «Vi los siervos andar en caballos blancos, y vi á los señores andar como siervos y esclavos.» La causa de esto es, que los magnánimos no lo procuran tanto como los siervos; que éstos llevan mejor los trabajos y servidumbres de las pretensiones, porque el magnánimo, á natura señor, no es para cosas de entendimiento mucho más que los siervos. Aquellos son para regir y gobernar y mandar á los siervos á natura, que son para ser mandados, regidos y gobernados del magnánimo, porque nació para ser mandado y

regido su poco entendimiento, y por esto no recibe pesar ni tristeza de ello. Y al contrario, el magnánimo recibe gran pesar y tristeza de hacer cosas serviles y ser mandado, porque es para cosas de entendimiento, y no de trabajo. Es para regir, y no ser regido, y por esto digo que los que rigen no han de salir al trabajo ni guerras; su trabajo ha de ser con la prudencia y entendimiento, por estas razones. El trabajo embota y entorpece el entendimiento. Más vale consejo que fuerzas. Mayor es el varon sabio que el fuerte. El ánimo en el sosiego y quietud se hace sábia. Con el trabajo prevalece la vegetativa, con el ocio la intelectual. El rey de las abejas no sale al trabajo; dentro en su silla real, visitando su república, él solo, sin oficio, manda y gobierna con un zumbido, con el cual se entienden; y la diferencia de la mejoría que hay del consejo y prudencia (cosa divina!) al trabajo corpóreo, ésa hay de lo uno á lo otro. Bien dijo, más vale un consejo de un sabio que la fuerza de millares de hombres. El magnánimo no es fingido en sus cosas, su amor es verdadero para hacerle bien á lo que ama, y no mal; no tiene dos caras, no es mentiroso ni fingido en obras ni en palabras. El mentir es de bajo entendimiento y pusilánimo, porque el mentir es un género de miedo que tiene á aquella verdad que le quitará algún bien; y como el magnánimo esté constante y firme su ánimo con sus ornamentos naturales, verdaderos, que tiene suyos, no cura ni estima lo fingido; y así no miente, y manifiesta la mentira ajena y defiende la verdad. Siempre está constante su ánimo, ni en las cosas adversas se cae, ni en las prósperas se alza, ni espera el mal futuro como cierto, para temerlo, ni el bien, para deseárselo demasadamente; no se acuerda mucho del mal pasado, para entristecerse por ello; siempre es uno, constante, firme y prudente. No le pueden traer los casos adversos tanto mal, que baste á quitarle el contento y alegría que tiene de sus bienes naturales; y así no estima lo que todos estiman, ni se cae su ánimo con las cosas que á todos derriban; cuando considera su vida y se conoce á sí mismo, huélgase mucho viendo su vida y naturaleza tan diferente de la de los otros, y da la gloria á Dios. Esta magnanimidad, se halla un rastro de ella en el león, del cual podrían aprender algunos hombres á ser magnánimos. Cuenta Plinio que el león, aunque esté muy muerto de hambre, no hace mal á los niños ni á animalejos pequeños humildes, y habiendo hombre y mujer, ántes mata al hombre que á la mujer. Y cuenta que una mujer cautiva de Getulia, huyendo de la servidumbre y cautiverio, por no ir por el camino, echó por unas breñas y montañas, donde habia leones, á la cual salió al encuentro un gran león, y como ella lo viese, toda turbada con el gran miedo, se postró y hincó de rodillas, puestas las manos juntas delante del león, y tuvo osadía para hablar, diciendo: «Rey y señor de los animales, á quien todos obedecen, no es razon que vuestras fuerzas y uñas reales se empleen en una mujercilla flaca, fugitiva y desventurada como yo.» El león estuvo quédo y sosegado mirándola, que parece sintió el afecto, aunque no entendia las palabras, y así se estaba quédo. La mujercilla, puesta de rodillas y temblando, aguardaba

cuándo la habia de hacer pedazos, y así estuvo un gran rato, hasta en tanto que, viendo que no le hacia mal, recobró su espíritu, y despidese del leon y empieza á caminar, y de esta manera se libró de aquel leon y de otros muchos por toda la montaña.

TÍTULO LIX.

De la prudencia, gran ornato y madre de las virtudes.

La prudencia acerca de lo venidero es una gran virtud; ésta perfecta solamente se halla en el hombre de buen juicio y entendimiento, porque muchos no la tienen perfecta; da contento y alegría, como sea hacer bien y providencia de bien para sí y para su semejante por consejo, avisándole y haciéndole bien de lo que él no entiende, y librándole de muchos peligros y daños, acarreándole muchos bienes. Ésta vale y puede más que las fuerzas. Dijo bien: *Viribus præstat res sacra consilium*. Más vale el consejo que las fuerzas. Ésta aprovecha más que el oro ni plata. Vale más que reinar. De ésta dijo Salomon: «Túvela en más que los reinos»; y el oro y plata, en su comparacion, dijo ser un poco de arena. Ésta libra de muertes, de grandes daños y males, y su contraria, la imprudencia, los acarrea: cuánto vale ésta en las guerras y batallas, en el gobierno de la república, en el establecer leyes, en negocios políticos! Ésta provee bien para los venideros, como hicieron los inventores y autores pasados, y ésta hace hablar á mi rústica y humilde lengua. Esta prudencia nunca se halla sino junta con alto ingenio y magnanimidad; siempre estas tres andan juntas. Y al contrario, la imprudencia, bajo ingenio y pusilanimidad andan juntas. Y como sea su oficio de esta prudencia acerca de lo venidero, hacer bien con su consejo y dar y comunicar sus bienes, da alegría y salud al hombre. Es tan alta, que es un atributo de Dios, que de allí se pegó al hombre; y está en Dios tan cumplido el hacer, proveer y comunicar sus bienes á las criaturas, criándolas y conservándolas y ofreciéndole gloria al hombre, que si pesar pudiera haber en Dios, le pesára porque no toma y recibe el hombre los bienes que le provee y de balde le da y ofrece. Esta prudencia divina crió al sol, su segunda causa, y el oficio que le mandó fué siempre hacer bien, dar virtud para engendrar las criaturas y darles vida y sér, como plantas y animales, y á las engendradas conservarlas y perfeccionarlas, y lo hará siempre de gracia, mientras que Dios no le mandare lo contrario, y jamas se le disminuye su virtud, por más que dé. Por esto, señor Rodonio, cuando plantáredes algo, no habeis de henchar el hoyo de tierra hasta arriba, sino hasta la mitad, porque el sol le alcance con su calor, y le dé vida y raíces. Ésta tiene la vista larga, que mira y ve á lo lejos los daños que pueden venir, ó lo que puede suceder de aquel acto presente que hace. Y así se tarda en determinarse, porque ve los yerros de los hombres á cada paso que (inconsiderados) de presto se determinan, sin mirar á los fines y á lo que se puede seguir. Esta prudencia nace de la razon, y solamente se halla en el hombre; pero hállanse en los animales algunas astucias ó solerías, que les enseña la hambre ó el peligro de la muerte

y miedo ó el odio natural, de las cuales tocarémos algunas para alabar al Criador. De la mona, dice Plinio que se han visto jugar al ajedrez (*El Cortesano* trae un cuento gracioso de una mona, que jugaba al ajedrez), y que distingue las nueces con la vista, cuáles son sanas, dejándose las vanas, sin tocar á ellas. Los elefantes se inclinan al sol cuando sale, adoran la luna creciente y le ofrecen ramos, como cuenta Aeliano en su tratado de los elefantes. El elefante aprende todo lo que le enseñan, y así lo dice Aristóteles; entiende el lenguaje que le enseñan de su patria, y obedece á sus maestros en todo lo que le mandan. Cuenta Aeliano, *De Elephantorum historia*, y Plinio, de uno que escribió por derecha orden un verso en latin. Tiene presuncion y siente la deshonra, y el mayor castigo para ellos es decirles feas palabras. Cuenta Cristóbal Acosta, autor moderno, de un elefante que trabajaba en la ribera de Cochín, que tardándose el maestro de darle su racion ordinaria, y sintiéndose de la tardanza, díjole el maestro que no le daba de comer por estar la caldera rota; que la llevase á aderezar; y así la llevó á un calderero, el cual la aderezó mal (de industria), y vista por el maestro, riñó gravemente al elefante, y mandóle volverla; la cual el calderero rompió (de industria) más de lo que ésta y entregósele; con la cual el elefante fué al rio y la hinchió de agua, y viendo que se salia, volvió al calderero y dió grandes bramidos; el calderero con buenas palabras lo amansó y se la aderezó bien, y la entregó al elefante; con la cual volvió al rio y la llenó de agua, y viendo que estaba buena, la llevó á su maestro.

Del agradecimiento de este animal cuenta el mismo autor que en la India de Portugal, en la ciudad de Goa (que es donde residen los vireyes), un elefante se soltó de sus cadenas (por causa de cierta enfermedad que cada año les viene, y entónces hacen mucho daño á todo viviente); el cual, yendo por una calle, encontró una esclava con un niño en los brazos, la cual viendo venir el elefante tan furioso, desatinada, soltó la criatura en la calle y entróse en su casa, cerrando tras sí la puerta; el elefante tomó la criatura en su trompa, y sin hacerle mal alguno, la puso sobre un tejado bajo que allí estaba, y soltándola, miróla á ver si quedaba segura, y pasó adelante con su furia. Y esto hizo este animal de grato y conocido, por conocer que era de una vendedera que vivia en aquella casa, la cual vendia á la puerta pan y fruta y otras cosas de comer. Y esta mujer tenía de costumbre dar al dicho elefante pan ó alguna fruta cada vez que por su puerta pasaba, y en aquella hora le agradeció sus buenas obras. De los elefantes dijo santo Tomas que tienen estas astucias por la bondad de la natural estimativa y memoria, tenaz, sensitiva. La astucia extraña del igneumon, ya lo dijimos en el odio. Del cervicabra dice que huyendo de los perros, va donde hay altos y grandes peñascos, en que tiene proveido (como otros animales) sus madrigueras, y viéndose acosado de los perros, ó para pasarse de un monte á otro, se echa de la peña abajo de cabeza, porque siente y sabe la fuerza que le dotó naturaleza, y da en las peñas con sus cuernos y brota hácia arriba, como pelota de viento, y torna á caer sobre los mismos cuernos, y vase sano y libre, y así escapa del peligro.

Del animal tiberio castóreo, dice Plinio que cuando es acosado y constreñido del peligro, él mismo con sus dientes se corta los compañeros, porque sabe que por ellos lo van á capar. De la raposa dice que en Tracia, en lugares muy frios, nunca pasa los rios y lagos helados para ir á buscar su comida, sin que primero, puesta la oreja en el hielo, conjeture el grueso que tiene, para ver el tiempo que podrá detenerse en cazar, y volver á pasar por ellos ántes que se deshielen. Del ipóramo dice que es un animal grande, y sale del rio Nilo y va á pacer cada dia á diferentes lugares, y que va andando hácia atras, porque los rastros y pisadas no demuestren dónde está, y le puedan á la vuelta poner trampas y asechanzas, lo cual hace tambien el elefante para pasar el agua algunas veces; pero ambos lo hacen por el miedo y por estar aparejados para volver atras y huir, como el hombre cuando se acerca al toro, y no por las causas que los naturales adivinaron.

Del cuervo dice que en el estío, cuando tiene sed y no puede en algunas hoyas ó pozas ó cubos que tengan agua alcanzar á beber, echa piedras para que suba el agua del cubo, ó en las pozas para poderse asentar y desde allí beber.

De la hiena dice que imita la voz del hombre, y que en las estancias de los pastores aprende el nombre de algun pastor y de noche lo llama por su nombre, y el pastor, pensando que es llamado de hombre, sale, y lo mata y despedaza y come. Imita tambien el vómito del hombre, para que los perros salgan á comer, y los mate y despedace. De la pantera ó leon pardo dice que á una se le cayeron los cachorros en una sima, y no pudiendo sacarlos, se salió al camino, y asentada en él, esperaba un hombre que pasase, y pasó un hombre, el cual en viéndola rebuyó hácia atras, y la pantera, haciéndole muchos halagos y mostrando su tristeza, asíalo de la capa y guiábalo, hasta en tanto que el hombre entendió lo que queria, y juntamente la merced de su vida, y así fué con ella y le sacó los cachorros, con los cuales ella, haciéndole muchas muestras de alegría y agradecimiento, fué con él, acompañándolo toda la montaña hasta sacarlo de peligro.

La concha nombrada pinna no tiene vista, y proveyóle naturaleza de un amigo, que se nombra pinnófilax, un pececico pequeño, con el cual tiene gran amistad, y cazan de esta manera: ábrese la concha, y da lugar á que otros pececillos entren dentro de ella, los cuales, cuando entran y salen muchas veces, se aseguran, y unos traen á otros, y cuando está bien llena de pececicos, el amigo pinnófilax le da señal y aviso con un leve toque, y luego se cierra y mata todos los pececillos que coge dentro, y come ella, y da su parte al amigo que le dió el aviso.

TÍTULO LX.

De la sapiencia, que es el mayor ornato del ánima.

La sapiencia es una ciencia de las cosas divinas y naturales y conocimiento de las causas de todas las cosas; es una virtud y ornato en el hombre, la más alta y divina de todas y que á todas las perfecciona; á ésta trujo pegada consigo el ánima del cielo; tiene un sabor y olor de Dios, está perfecta en solo Dios, y de allí mana

al ánima del hombre, que él solo la tiene; da gran contento y alegría, y por eso salud; es la cosa más amable que hay en este mundo y todo hombre desea saber; si la sapiencia tuviera forma visible, no hubiera cosa más amada de los hombres. Ésta hace felices y dichosos en este mundo, y sin ella no hay felicidad. Ésta tiene sus deseos con raya y término, que es el medio en todas las cosas. Con lo necesario á la vida está contento el sabio y prudente, no teme la muerte y daños futuros para perturbarse, los pasados no le entristecen, juzga verdaderamente de todo lo de este mundo y de Dios y de las cosas eternas y de la muerte, y así siempre está en alegría y contento con su buena conciencia. No hay cosa que le quite esta alegría y deleite, porque goza de lo presente sin miedo de lo futuro ni pesar de lo pasado, porque conoce los fines de cada cosa y á donde puede llegar, y sus mudanzas del bien y del mal. Cuando compara su vida con la de los necios, recibe gran gozo y contento, viéndola tan diferente de la de los otros. Los dolores y daños no le pueden dar tanto mal, que le quiten tanto bien natural como él se tiene, y así vive felice y dichoso, no estimando los daños de este mundo, porque sabe que no hay mal que no tenga algun bien; al dia presente juzga felice, y no pierde este dia con miedo de otro peor, porque sabe y entiende que aquel dia peor, si viniere muchas veces, es mejor para el hombre, y se convierte en bien y es principio de bien, como se ve cada dia; ni ménos pierde este dia presente con el deseo y cuidado de otro mejor, porque sabe que aquel mejor dia fausto y deseado, si viniere muchas veces (y aun las más), se convierte en mal, y es principio de mal, daños y infortunios, que un dia juzga de otro adelante, y á ninguno se ha de creer al presente hasta ver el fin, que el postrero juzga de todos. ¿A cuántos emperadores aquel felice y deseado dia en que tomaron el imperio fué principio de mal, y les trujo y acarreó grandes infortunios y muertes infelices y desventuradas, y sólo ganaron mayor caida y sentirlo más? Sabeis que no hay mal que no tenga consigo algun bien, y que bienes y males andan mezclados en este mundo en toda la vida del hombre, como en una tragedia ó comedia, como dijo Platon; porque ésta fué la suerte de la naturaleza de este mundo inferior, que los bienes con los males estuviesen mezclados y se siguiesen unos á otros (bien parece destierro). La madurez y perfeccion es principio de imperfeccion y putrefacion. La sanidad, principio de enfermedad. La gran salud, causa de gran enfermedad. Donde quiera que hay vida hay muerte. Al aumento, disminucion; al cremento, decremento; al gusto, disgusto; á la alegría se sigue tristeza; al placer se sigue pesar; al contento, descontento; al deleite, fastidio; al descanso, cansancio; al ocio, trabajo de muchas maneras; al sabor, desabrimiento; á la gula, pesadumbre y enfermedad; á la intemperancia, amargura de espíritu; á subida, caida; á bonanza, tormento; al dia claro, otro turbio y airoso. De manera que (en este mundo) no hay deleite que dure y no se mezcle luego con su mal. La sirena canta en la tormenta y llora en la bonanza, porque barrunta y espera luego lo contrario. Todo harta: el deleite, cualquiera que sea, harta y da fastidio. El descansar cansa, el mucho ocio

da trabajo; finalmente, puso Dios una meta y raya en todo, y ésta fué en tal proporción y lugar, que todos la pudiesen alcanzar y gozar de ella; fué puesta en lugar justo, porque si no le diera este lugar justo y bajo con su prudencia disfrazada, solos los reyes y poderosos la pudieran gozar. Aún la alegría en demasía mata, como está dicho. Juzga de la muerte rectamente, como ella sea fin de males, principio de bienes, puerta y entrada de la verdadera y eterna felicidad y no prive de bienes, sino de males y tormentos y dolores, que la vida es una prolija muerte, siempre disminuyendo y quitando. No le perturban las muertes de hijos y amigos, porque las esperaba con buena confianza y contento, como la suya propia, y sin temor y miedo, viendo y conociendo los males de la vida y los bienes de la muerte, corporales y espirituales. Dijo Platon que como Agamenides y Trofonio hubiesen edificado un templo á Apolo, le pidieron de merced que les diese la mejor cosa de este mundo; los cuales, luégo como se durmieron, nunca más recordaron; de manera que les dió la muerte. Y Plinio dice estas palabras: « Ninguna cosa dió la naturaleza á los hombres mejor que la brevedad de la vida. » No es gran cosa vivir: los esclavos y animales viven; pero es gran cosa morir honestamente y sin perturbacion de gran temor de la muerte, y así teme su muerte, viendo y entendiendo cuán muchos mueren del puro miedo de la muerte, y no de la muerte, que en viéndose con una calentura es tanto el miedo que toman imprudentemente de la muerte, que aquel miedo que ellos mismos añaden á su mal, aquel los mata, y no la enfermedad. Y toma esto por grande aviso, que su miedo y imaginación los mata, como á otros la tristeza de lo pasado ó enojo de lo presente. Y sepa el hombre que la muerte no se siente, y la natural se pasa con deleite, como lo afirma Platon. No se maravilla de ningunas cosas grandes, ni las estima en mucho ni desea, porque otras mayores y mejores tiene imaginadas con su entendimiento, y á aquellas les entiende las faltas y contrapesas que tienen, y así no las desea demasadamente, ni ménos á los deleites; solamente toma de ellos lo necesario para la vida, porque sabe que cada uno de ellos tiene consigo junta una amargura. La gloria y honra tienen luégo la envidia y odio; y si odio, deseo de verte muerto. La sapiencia, trabajo para alcanzarla. Las riquezas, cuidados, pleitos, hurtos, enojos. Los hijos, solicitud y congoja. La intemperancia en los deleites y ocio, enfermedades. Las ambiciones, odio, enemistad. La potencia y señorío, miedo de perderla. Finalmente, entiende que el mayor deleite que tú más quieres, si siempre por extremo lo tomas, se convertiría en gran tormento, y así el que es sabio toma el medio en todos los deleites; de los cuales deleites dice Platon que no tienen consistencia ni sér, sino solamente un pasaje ó tránsito.

TÍTULO LXI.

De la felicidad que puede haber en este mundo.

La felicidad (que se dice bienaventuranza), la que en este mundo de destierro puede haber, es un placer y alegría del alma, que da gran salud al hombre, porque es una de las tres columnas que sustentan la vida

humana; consiste en la sapiencia y conocimiento de las causas y en obra del entendimiento, contemplando y entendiendo todas las cosas de este mundo como son, y en la elección de la prudencia, sabiendo tomar el medio en todas las cosas; el cual medio hace felice y dichoso al hombre, obrando las virtudes (que es el medio entre dos vicios) con alegría de buena conciencia, y en los deleites tomando el medio necesario de todo bien para el sustento de la vida, y no más.

Dijo Platon: « El prudente evita la miseria, no el rico; » y dijo: « No puede ser ninguno felice sin que sea sabio y bueno; » y al contrario, los malos son misereros y desdichados. Esta felicidad ha de ser en obra del entendimiento, razón y prudencia, en lo cual eres hombre y te diferencias de los otros animales que no lo tienen, y no en ningún género de deleites sensuales, que en éstos comunicas con los animales. También es una alegría, contento y placer de gozar todos los bienes que se nombran bienes de este mundo; de manera que al verdaderamente felice no le han de faltar tampoco los bienes temporales de este mundo necesarios; pero sabe que con muchas riquezas no puede ser felice, porque traen consigo muchos males, como enojos, cuidados, hurtos, pleitos, y así no has de tener más de lo necesario á la vida, en un estado mediano, sin mucha soberbia ni puntos vanos de honra, ni ménos demasías en faustos de vanagloria, en vestidos, criados ni comidas; que todo da gran fatiga y desasosiego y quita la felicidad. Con sólo lo necesario á la vida, poniendo meta y raya cada uno en su estado y proporción, puede ser felice, descogiendo el medio con la prudencia en todas las cosas; y tampoco puedes ser felice si no tienes alegría de buena conciencia, sirviendo y conociendo á Dios, porque sin ésta todo es tristeza y congoja de espíritu. Y así te es necesario dejar los vicios y obrar virtudes, porque claro está que si no tienes en la virtud temperancia, luégo la demasía de la gula y lujuria y vicios quitará la felicidad, si no tomas el medio. Tampoco puedes ser felice si no tienes en la virtud justicia, queriendo para el prójimo lo que quieres para tí, porque si no das á cada uno lo que es suyo, luégo has de andar en contiendas y pleitos y en pecado. Y si no tienes en la virtud fortaleza para defenderte de tus afectos, iras y apetitos sensuales, y para sufrir los daños, palabras y importunidades de tu prójimo, no puedes ser felice; y para escoger el medio en todas las cosas, y regir y gobernarte en lo futuro, claro está que has menester la prudencia.

De la sapiencia, te digo que puedes ser felice sin ella, que poco saber te basta. Con este librito, y *Fray Luis de Granada*, y la *Vanidad de Estela*, y *Contemptus mundi*, sin más libros, puedes ser felice, haciendo paradas en la vida, contemplando tu sér, y entendiéndote á tí mismo, y mirando el camino que llevas y á dónde vas á parar, y contemplando este mundo y sus maravillas, y el fin dél, y leyendo un rato cada día en los dichos libros, que es buen género de oración. Garcilaso de la Vega pintó muy bien esta felicidad en su *Egloga*.

Ver. Podeis llegar á Aristóteles, Séneca, Platon y á Ciceron, y alegais á Garcilaso?

Ant. Poco va en la antigüedad de los autores, cuando la cosa está bien dicha, como dijo Garcilaso, diciendo:

¡Cuán bienaventurado
Aquel puede llamarse,
Que con la dulce soledad se abraza,
Y vive descuidado
Y lejos de empacharse
En lo que al alma impide y embaraza!
No ve la llena plaza,
Ni la soberbia puerta
De los grandes señores,
Ni los aduladores,
Á quien la hambre del favor despierta;
No le será forzoso
Rogar, fingir, temer y estar quejoso.
A la sombra holgando
De un alto pino ó robre,
Ó de alguna robusta y verde encina;
El ganado contando
De su manada pobre,
Que por la verde selva se avecina,
Plata cendrada y fina,
Oro luciente y puro,
Bajo y vil le parece,
Y tanto lo aborrece,
Que aún no piensa que de ello está seguro,
Y como está en su seso,
Rehuye la cerviz del grave peso. Etc.

Ver. De manera, señor Antonio, que es mejor no tener riquezas.

Ant. El consejo que os puedo dar en ese caso, es no amar ni desear demasadamente ninguna cosa, y no tener riquezas, y si las tienes, no amarlas, porque de éstas te ha de venir, un día ó otro, daño, porque traen consigo grandes pérdidas, cuidados, congojas y pleitos para defenderlas y conservarlas, y éstas son el ministro y armas con que la mala bestia mata al género humano (que es el enojo); y así te digo que es mejor un estado llano y mediano, con lo necesario á la vida; que la naturaleza con poco está contenta, y no pide superfluidades; con un paño pardo que la abrigo de invierno y la cubra de verano está contenta, y con una comida pobre de un manjar, sin muchas diferencias de platos y manjares, que causan eorrucción y enfermedades en el cuerpo. Y con esto necesario, podrás dar loores á Dios con gran contento y alegría, con aquel santo y sabio que decía: « Gracias te doy, Señor, que no me falta sino lo superfluo. » Angelo Policiano, poeta cristianísimo, dijo estos versos, que por ser tales, os los quiero decir en latin:

*Felix ille animi, divisque similimus ipsis,
Quem non mortali resplendens gloria fucce.
Solicitati: non fasto si mala gaudia luxus,
Sed tacitos sinit ire dies, et pauper cultu
Exigit instocue tranquilla silentia vite.*

Que dicen: « Felice y dichoso es aquel, y semejante á los dioses, al que la gloria precedera de este mundo (que resplandece como un afeite, que luégo se pasa) no le da congoja, ni la estima, ni ménos las demasías del vestido y fausto del mundo; sino pasa sus días callando en quietud, y con un pobre vestido pasa su vida en silencio sosegado, sin hacer mal á nadie, con la alegría de buena conciencia. » Dijo un cortesano, que había gustado de esto con buen entendimiento:

Este sea quien quisiere poderoso,
En cumbre de la corte deleznable,
Y vivame yo solo en reposo,
De mí nunca se escriba y ni se hable.

Dijo Juan de Mena:

¡Oh vida segura, la mansa pobreza,
Dádiva santa desagradecida!
Rica se llama (no pobre) la vida
Del que se contenta vivir sin riqueza.

Y Hernando del Pulgar dijo en *Mingo Revulgo*:

Cuidado que es ménos dañoso
Pacentar por lo costero;
Que lo alto y hondonero,
Juro á mí que es peligroso.

Y dijo fray Luis de Leon:

¡Qué descansada vida
La del que huye el mundanal ruido,
Y sigue la escondida
Senda por donde han ido
Los pocos sabios que en el mundo han sido! Etc.

Dijolo Salomon, san Agustín, san Ambrosio, Boecio, Horacio, Séneca, Ciceron, Platon. Si todos los sabios, cuantos lo han dicho y lo han hecho, hubiéramos de referir aquí, fuera dar fastidio. Diocleciano, emperador de Roma, estando en el Senado, asentado en la silla imperial, con la toga de emperador, se levantó, y se quitó la toga y la puso en la silla, y dijo al Senado: « Señores, dadla á quien quisiéredes; que yo no la quiero; » y se fué á una heredad y huerta que tenía apartada de Roma, y allí vivía en sosiego y quietud, y decía á los que le visitaban: « Ahora vivo, ahora amanece para mí. »

Otros muchos hicieron esto, como el filósofo Crátes, tebano, que arrojó los dineros en la mar. Celestino V, papa, dejó el pontificado y se despojó de las insignias y silla pontifical, y mandó á los cardenales que eligiesen pontífice, y se recogió á una vida santa y sosegada. Maximiliano, príncipe, Teodosio Atramiteno, emperador, dejaron el imperio y escogieron la vida privada.

El siempre invicto Carlos V, nuestro señor, dió este ejemplo al mundo.

Plinio cuenta que en el tiempo del rey Gíges, deseando saber cuál hombre del mundo era el más felice (creyendo que era él), envió á consultar los oráculos, y preguntar quién era el más felice del mundo, y fuéle respondido que el más felice era Aglavo Psolidio, y mandó buscar á Aglavo Psolidio por todo el mundo, y fuéronle á hallar en un rincón de Arcadia, en una heredad que tenía en el campo, la cual era bastante y suficiente para darle de comer y de vestir lo necesario á la vida, sin tráfago de criados ni cuidado de muchas riquezas, y que nunca de allí salía. Concluye el autor con estas palabras: *Minimo contentus, minimum mali in vita expertus est*; que dice: Poco mal experimentó el que con poco se contentó. Y más te aviso yo, que para conservar la salud, es mejor el estado mediano con pocos cuidados, que no el alto. Es mejor el pan segundo, el manjar sencillo, la cama dura. El trabajo es mejor que el ocio. El aire nuevo, vivo, del campo, mejor que el añejo y encharcado con encerados y vidrieras. Es mejor el sosiego y tranquilidad y poca gente. Es mejor y más seguro estar

flaco que gordo. Es mejor el poco comer que el mucho. Al rico le pesa porque se harta, y al pobre le place. El pobre está más seguro del gran enemigo, enojo y pesar, de envidias y emulaciones. Y finalmente, es mejor el poco regalo que el demasiado, y pues las riquezas son causa del gran daño que el enemigo del género humano hace, quitando la vida corporal al hombre. Y también son espinas, tropezón y obstáculos para la vida del alma, pues nuestro Redentor dijo que era tan dificultoso el rico entrar en el cielo, cuanto un camello entrar por el ojo de una aguja. Por un poco de estiércol y hojarascas, que mañana no son, ¿quieres poner en peligro estas dos vidas de alma y cuerpo? Y aún más te digo, que no te sirven de nada, ni llevas de ellas más de los cuidados, congojas y enojos con los enemigos que con ellas se aumentan, como son tantos criados, ladrones, hijos y herederos, que todos te querían ver muerto y llevarse tus riquezas, porque tú ni puedes comer más que por uno, ni vestir más que por uno, ni dormir más que en una cama, ni gozar más que un lugar. Y sabe que ese no hartarte con lo que tienes y no estar contento, esa sed y hambre, te viene también de parte del alma (porque esotros animales no lo tienen), que como fué criada con tanta capacidad, que puede caber en ella Dios, por eso nunca se hinche ni satisface con las riquezas, y cuanto más tienes, más deseas, aunque ganes todo el mundo no hinchirás ese deseo y capacidad de tu alma, porque como un triángulo no se puede henchir con una figura redonda (que es el mundo), así tu alma no se puede henchir con todo el mundo, sino es con Dios, y así como las cosas naturales no paran ni están quédas hasta haber llegado á su lugar natural, como la piedra á abajar y el humo á subir, así tu alma nunca pára en lugar ni tiene asiento, contento ni sosiego hasta que llega á ver á Dios, y allí se hinche su capacidad. Pues esto es así, que nunca te has de hartar de riquezas, más vale no empezar, y evitarás tantos daños como traen consigo, y vivirás en sosiego, felicidad y alegría verdadera con la buena conciencia; serás felice como Psodidio en esta vida, y con los santos, que se contentaron con pobreza, en la otra, y no te darán muerte violenta en medio de la edad, como comunmente por ellas el enemigo del género humano la acarrea y da á los mortales, sino vivirás en sosiego, y pasarás felice todo el curso de tu vida, contento y alegre con lo necesario á la naturaleza, y llegarás á la muerte natural por vejez y acabarse el húmido radical, la cual no se siente, y se pasa sin dolor, como lo afirma Platon. Y pues es así, que la capacidad de tu alma no se puede henchir con el estiércol de las riquezas, ¿no sería gran necesidad, estando convidado á la mesa del Rey y delicados manjares, y puesta la mesa, hartarte de sapos, culebras, escorpiones, alacranes y arañas, y otras cosas malas, que te han de matar y quitar la vida, y perder la comida de la mesa real? Pues así tú quieres hartar el apetito y capacidad de tu alma con las escorias y metales de la tierra, oro y plata; con las entrañas viscosas de los gusanos terrestres, como son las sedas; con la podre y materia de otro animal, que es el almizcle; con la esperma y superfluidad de la ballena ó es-

tiércol de un pece, que es el ámbar gris; con unos granos de niebla cuajada, que parecen un género de conchas, que son aljófar; con el vestido que quitaste á otros animales, como son las martas y cebellinas y paños finos; con las piedras y plantas de la tierra. No haces tú menor necesidad que aquel convidado hacia ántes; sin comparacion la haces mayor lo que va de finito á infinito, que no hay ninguna proporcion, ni es parte todo lo que escoges para la mínima de lo que dejas de comer en la mesa de Dios en la gloria, pues pierdes con esta comida, con que piensas hartar tu alma, la vida del cuerpo de este mundo y la vida eterna de tu alma del otro que ha de durar; que si con alto entendimiento considerásemos esto, todas las cosas que no han de durar son de reir y estimar en poco, y juzgarlas por pasadas y por nada, porque sola ésta es la cosa singular, una y necesaria para el hombre.

De manera que no te conviene tener riquezas, y si las tienes, no amarlas, sino usar bien de ellas, socorriendo á los pobres. Y de esta manera, con el alegría verdadera de la buena conciencia, serás felice y te escaparás de la mala bestia, y conservarás tu vida hasta la muerte natural, y gozarás de la otra vida eterna del alma, y ninguna perderá. De las virtudes y ornatos del alma que están en el hombre, baste haber tocado esto.

TÍTULO LXII.

Del microcosmo, que dice mundo pequeño, que es el hombre.

Ver. Son cosas tan altas, mejoran tanto el mundo y dan tanto gusto, que sería conciencia no pasar adelante. Parece que me abris los ojos; que ya me voy entendiendo y conociendo á mí mismo, que no me conocía yo á mí más de lo que un animal del campo se conoce á sí mismo; y pues los sabios estimaron muy mucho el conocimiento de sí mismo, diciendo aquel dicho: *Nosce te ipsum*, escrito con letras de oro en el templo, en lo cual no hicieron nada; pero hicieron mucho si dieran doctrina al hombre para conocerse á sí mismo; decidme lo que falta para este conocimiento.

Ant. Buena parte está dicha, entendiendo los contrarios efectos y ornatos que tiene el hombre, y efectos; pero pasando adelante, habeis de saber que llamaron los antiguos al hombre microcosmo (que dice mundo pequeño), por la similitud que tiene con el macrocosmo (que dice mundo grande, que es este mundo que vemos); porque, así como en este mundo hay un príncipe, un motor y primera causa (que es Dios, que lo crió, rige y gobierna), y de ésta nacen todas las otras causas segundas para hacer mover y causar y criar lo que les fué mandado, así en el mundo pequeño (que es el hombre) hay un príncipe, que es causa de todos los actos, afectos, movimientos y acciones que tiene, que es entendimiento, razon y voluntad, que es el ánima que mora en la cabeza, miembro divino y capaz de todos los movimientos del cuerpo, como dijo Platon; porque este entendimiento y voluntad no están situados ni consisten en órgano corpóreo, como son las celdas de los sesos, que éstas sirven al ánima, como criadas de casa, para aprender y guardar las especies para que el príncipe haga de ellas lo que quisiere. De manera que entran las especies de las cosas de este

mundo por los cinco sentidos, y representarlos al sentido comun, que es la primera celda de sesos en la frente, y allí el entendimiento juzga lo presente y dice á la voluntad, malo ó bueno es, y en la estimativa (que es la segunda celda de la cabeza) juzga lo ausente, sacando las especies de la tercera celda (que es la memoria), donde han estado guardadas las especies de lo pasado, y allí juzga lo que está ausente, y dice á la voluntad, malo ó bueno es, y luego la voluntad se mueve á querer aquella noticia, ó aborrecerla, y luego que la voluntad lo manda, se mueven los miembros que lo han de hacer. Para tomar una manzana pasa todo esto en vos por la vista, y para comerla, por el gusto.

Rad. Eso de las especies, señor Antonio, no entiendo, si no son especies para la olla.

Ant. Bueno es eso; ¿os haceis simple? ¿Habeis visto un espejo que os representa todas las cosas que estuvieren delante? Pues aquellas figuras y apariencias incorpóreas y que no ocupan lugar, aquellas se llaman especies. Estas entran por la vista de esta manera: viene aquella figura de la cosa que se mira, y da en la vidriera trasparente del ojo, y pasa aquella figura incorpórea por la vidriera, que es el ojo, y va por un cañito (que es un nervio hueco) al sentido comun (que es la primera celda en la frente), y luego que llega, es entendida y vista del entendimiento, y juzgada, diciendo á la voluntad lo que es, que tambien la voluntad está allí. Todo lo cual se ha dicho *sub correctione Sanctæ Matris Ecclesiæ*, y lo que se dirá.

Tambien por otra semejanza se dijo el hombre mundo pequeño, porque, así como en este mundo todas las cosas que tienen vida, ahora sea en la parte vegetativa sola (como las plantas), ahora sea en la vegetativa y sensitiva y intelectiva (como los hombres), todas tienen una reliquia y sabor de la luna, que ó están en cremento ó en decremento; y así el hombre, ó está en cremento, que es la salud (recibiendo y aumentándose esta raíz principal y haciendo su oficio, que es tomar y dar con gusto, y gana de comer), ó está en decremento y enfermedad, dejando y arrojando lo que tenía recibido por las dichas caídas, catarros y flujos, del príncipe de esta casa ó mundo pequeño. Digo están las cosas en cremento ó decremento, como se ve claro, y puede verse en la médula de los huesos y cerebro de los animales; en ostras y almejas y conchas de la mar, que en la creciente de luna tienen buena médula que comer, y en la menguante no tienen nada, como está dicho.

El ave íbis y toda raíz en la creciente come más, y la menguante va disminuyendo la comida, y aún los hombres delicados en el penúltimo, último y primero de luna habian de disminuir la comida, y lo acertarian, como está dicho. Tambien tiene el mundo pequeño otra semejanza con el grande, que así como en este mundo los vapores de la tierra y de la mar suben arriba, y allí se juntan y se hacen nube, y caen en forma de agua cuando llueve, así suben en el hombre los vapores del estómago al cerebro, y éstos causan el sueño. Allí se juntan y toman forma de hilo, y tornan á caer en la enfermedad, en forma de cólera y flegma, y precede la ventosidad, como cuando quiere llover, y cae por las causas ya dichas. Otras similitudines tiene, que

se dirán en el diálogo. Y en este subir en cremento y caer en decremento anda la vida ó salud y enfermedad del hombre, animales y plantas (que son las dos vidas, suave ó triste, y no hay neutra, como pensó Platon); en las cuales plantas y animales, este crecer y menguar con la luna, se verá á vista de ojos si miran en ello; pero porque no tienen los afectos del hombre, no tienen los catarros ó flujos violentos, que son las enfermedades que causan los afectos del alma, como el hombre, para que les cause decremento y enfermedad. Sólo tienen el decremento mayor de la escalera de la edad, y los decrementos comunes y forzosos del tiempo y simiente, y los animales tambien de la sensitiva.

TÍTULO LXIII.

El decremento y cremento mayor de la edad, que llaman término climaterio.

El decremento mayor de la edad es cuando llegan al estado de lo sumo que pueden crecer, llegando á su perfeccion, y desde allí van disminuyendo, envejeciéndose y arrugándose hasta su muerte, como una manzana ó membrillo ó uva crece hasta su estado, y si no tuvo causa extrínseca por golpe ó machucarse (que entónces se corrompe y muere violentamente por aquel daño, sin llegar al tiempo de su vida que tenía), dura y vive otro tanto, arrugándose y disminuyéndose hasta la muerte natural, y así los animales, ni más ni ménos. Y el hombre, si no tuviera los afectos dentro de su casa (que él mismo se mata), no muriera la muerte violenta, sino la natural, ni tuviera enfermedad ni decrementos más de los forzosos de tiempo y simiente, sensitiva y vegetativa, y así tuviera pocas enfermedades, como los animales, ó una sola en el estado cuando llega á la perfecta madurez, que es el cremento mayor, y empieza el decremento mayor.

Cuando el hombre está en este cremento mayor, ó en cualquiera de los mejores accidentales dichos, tiene unas condiciones y mudanzas, y cuando está en el decremento tiene otras, aunque todas estas mudanzas el hombre no las siente ni las conoce en sí mismo, porque es uno mismo, y nuestro entendimiento entiende y siente las otras cosas de fuera, y no á sí mismo, como por el ojo ve las otras cosas, y no se ve á sí mismo, y por eso es muy necesaria al mundo esta doctrina, por la cual el hombre se conocerá á sí y á sus mudanzas y afectos, de lo cual se siguen muchos bienes.

El cremento mayor de la edad es en el hombre de esta manera: empieza desde su generacion hasta la madurez y perfeccion, que es la mitad de la vida, y el decremento mayor es la otra mitad de la vida, que empieza á declinar á la corrupcion por la vejez, disminuyéndose y secándose hasta llegar á la muerte natural, como las plantas y animales. Este cremento mayor puede ser comparado al movimiento proprio del sol por el zodiaco, acercándose medio año, y desviándose otro medio. Es la vida del hombre como una subida de alegre camino á un monte que arriba tiene la cumbre aguda y poco espacio, y la baja de triste camino por el otro lado; y así toda cosa que vive siempre está en movimiento, ó sube á la perfeccion ó abaja á la corrupcion y á la nada; y en este estado y principio del cremento mayor tiene más peligro la vida de los hom-

bres, y obran mucho más las causas dichas, por que vive y por que muere el hombre, y aquí acontecen las muertes repentinas, sin evidencia de causas ningunas, intrínsecas ni extrínsecas, y mucho más á los muy sanos, que nunca catarizaron sensiblemente, y á los gordos, porque á gran represa de agua, gran avenida cuando empieza á soltarse, y así mueren en el estado de la edad ó principio del cremento mayor, repentinamente, por muy pequeñas causas ó sin ellas, se caen muertos. Y al contrario, los enfermizos, que cada dia hacen deflujo del cerebro, nunca acaban de morir, y pasan más tiempo y dificultad en su muerte, porque cae poco á poco. Éstos tuvieron más habilidad y ingenio que los sanos y robustos, porque se les desecó el cerebro más que á los sanos, con las frecuentes caídas ó deflujo; y así en la vejez viene la perfeccion del juicio por la sequedad, que no está en los mozos por la mucha humedad, como está ménos en los niños, por más humedad, y por esto los hijos de los viejos son más hábiles. Éstos (como digo) tuvieron grande ingenio, y tienen dificultad en la muerte larga y prolija, como se lee de algunos sabios, que se acercaron su muerte, como Tito Pomponio, Artico y Plinio, que mandó á sus criados y rogó que lo acabasen de matar, para huir de tan prolija y espaciosa muerte. Digo que los muy sanos y gordos, que nunca hicieron deflujo grande para enfermedad, tienen más peligro de las muertes repentinas por las causas dichas; y cuando no hay causa ninguna en las muertes repentinas, como murieron los dos Césares calzándose, y otro cenando en la mesa, y el otro bebiendo, y el otro saliendo de su dormitorio, y el otro alcoholándose un ojo, y otros muchos de esta manera, sin causa ninguna, es por estar en el estado del cremento mayor y haber sido hombres sanos. Plinio cuenta que hay un género de hombres, de cinco codos y dos palmas de altura, que viven ciento y treinta años, y no envejecen, sino que mueren en aquella media edad de su vida. Esto es, que mueren en el principio del decremento mayor, sin envejecer ni abajar la otra mitad del monte disminuyendo. La causa es, porque hasta allí fué cremento y vivieron sanos, y abundan de muy húmedo cerebro, y á la primera caída que hace el decremento mayor ó flujo del cerebro, como es tan grande, los mata; y por esta misma causa no tienen ingenio, porque abundan de humedad, y por esto mueren en aquella media edad; como los frutos de tierras muy húmidas son más grandes, pero no se pueden guardar, sino que en llegando á la perfecta madurez se podrecen y corrompen y mueren, como los frutos de Murcia y otras partes, que ni las uvas, ni peros, ni membrillos, ni fruto ninguno se puede guardar, sino que muere en aquella media edad, cuando empieza su decremento mayor. Este cremento mayor y estado á unos les viene de treinta años, á otros de treinta y uno, á otros de treinta y dos, á otros de treinta y tres, etc., hasta cuarenta ó poco más, que por aquí debe de andar el estado y decremento mayor de la escalera de la edad, diverso modo y en diversa manera, segun la complexion y la temperancia del cielo y suelo y mantenimientos, y muchos ó pocos menores accidentes. Llegado, pues, aquel estado, perfec-

cion y madurez, es el peligro de la vida del hombre, ó gran enfermedad. Este peligro anduvieron los antiguos adivinando y errando, diciendo que en los años de nones estaban los términos climaterios de la vida del hombre, y estaba el peligro de la muerte, como siete veces siete, que es á los cuarenta y nueve, y siete veces nueve, que son á los sesenta y tres.

Los egipcios decian que cada año crece el corazon del hombre dos dragmas hasta los cincuenta años, y que desde allí descrece otras dos dragmas cada año (*cuncta errore plena*). Cuando este cremento mayor empieza, se achica y acorta en cantidad ó en número la simiente de toda cosa que vive. Los árboles echan menor fruto, los animales menores crianzas ó ménos en número. De la leona dice Plinio que pare la primera vez cinco, la segunda cuatro, la tercera tres, y así hasta que pare uno solo, y de allí adelante se vuelve estéril. Este estado mayor no dura tiempo por estas razones, porque la luna no dura en estado: en el punto que es llena, luégo está en decremento. El sol no dura en estado: cuando á nosotros nos da su cremento, acercándose hasta el solsticio estival, en aquel punto comienza el decremento, desviándose, y lo mismo en el solsticio hiemal; y los movimientos del sol y cielos no duran en estado ni cesan de moverse, dando cremento en el dia y decremento en la noche. De esta manera pasa la vida del hombre: la mitad en la subida del monte de alegre camino, en la mocedad, y la otra mitad en la abajada de triste camino, en la vejez, cuando Dios no pone tropezon, que es la muerte violenta en la subida ó en la bajada, para que el hombre muera (con su prudencia ignota á nosotros), poniéndole alguna causa y tropezon de las que dijimos, por que vive y por que muere el hombre; pero si pasan aquel peligro y enfermedad del estado, y empiezan á desecarse, arrugarse y avellanarse, dura la importuna vejez de larga vida, para dolores y penas.

TÍTULO LXIV.

Las mudanzas que hace el decremento en el hombre.

Ver. Razon es, señor Antonio, que volvais otro rato á responder á mi pregunta cómo me conoceré á mí mismo y á mis cosas.

Ant. Yo quiero condescender á ese vuestro deseo, y primero habeis de saber que el hombre siempre está ó en cremento ó en decremento, que es estar en aumento del cerebro ó diminucion y flujo. El cremento hace la vida suave, y decremento hace la vida triste; y el cremento hace la salud, y el decremento hace las enfermedades, y á esta mudanza siguen muchas mudanzas del hombre á más y ménos, y muda la condicion, deseos y afectos. En el decremento, flujo ó diminucion, el hombre es tímido, no es confiado ni fuerte; todo le da enojo, tiene tristeza, olvidase, pierde la memoria, no está sabio, no juzga verdaderamente ni está prudente, yerra á más y ménos, desde un pequeño yerro hasta la locura; muda el estilo, enójase más fácilmente; la voluntad está movable, y el apetito huye del consorcio; no engendra su semejante, no juega, no conversa, no canta ni rie, ántes gime, suspira y llora. El canto de la filomena y cisne, cercano á la muerte, es gemido,

que suena bien al hombre, y no es canto. Muda lugares, las horas le parecen muy largas, nada le contenta, todo lo riñe; su esperanza es tímida, hácese cobarde, es movable su voluntad, nada le da contento, todo le harta y enfada, arroja lo que tiene en las manos, pierde la gracia, no es amable ni excita amor para ser querido, no persuade lo que ruega; y de este decremento nacen algunos vicios, como ira, dura rusticidad, cobardía, temor y pusilanimidad. Dijo Platon: «Nunca tu parecer es uno mismo, porque nunca tú eres semejante á tí mismo.» Aunque esto dijo Platon por las mudanzas de la edad que hace el hombre, porque uno es en la niñez, otro en la puericia, y otro muy diferente en la juventud, y otro en el estado de varon, y otro muy diferente en la vejez, y estas mudanzas que vamos tratando no las alcanzó. Dijo tambien: «Para la salud y enfermedad, virtudes y vicios, ninguna moderacion ó inmoderacion es de mayor momento que la del ánima con el mismo cuerpo.»

TÍTULO LXV.

Las mudanzas que hace el decremento en el cuerpo del hombre.

Las mudanzas del cuerpo que el decremento hace á más y ménos son muchas, de las cuales dirémos las más ordinarias. Duele la cabeza y estómago, las espaldas, muslos y piernas; tiene ojeras, múdase el color del rostro, múdase la voz, múdase el compas del meneo y compas de movimiento, en lengua, en piernas ó andamio, en brazos, en pulsos; entorpecense los cinco sentidos, vista, oido, gusto, olfato y tacto; no gusta, no come, no duerme; múdase el sabor, la lengua se pára balbuciente ó cesa, que pierde la habla, cáese la cabeza, arden las plantas y palmas ó todo el cuerpo á más y ménos, hasta la calentura ó causion; cáese en tierra ó yace caido, no está en pié, múdase el cuero y el pelo y color (las plantas mudan la corteza), quítase la gana del comer, causa vómito y desmayos, debilita el estómago. A los animales cáenseles los cuernos, abájense las crestas y diademas, viene dolor ó tumor, resfriamiento, debilitacion y obstruccion en la parte á donde va aquel flujo y humor que cae; hace malparir á las hembras, sofoca la madre, da cámaras, da todo género de lepra, etc. Finalmente, causa todo morbo que tiene causa intrínseca, los desmayos y locura, es propia noja del cerebro. Todo lo dicho es al contrario en el cremento, y muda la condicion; es bien acondicionado, fácil, afable, eutrapelo ó conversable; es apacible, no se enoja, tiene sosiego, gusto y alegría, no es tímido, no es cobarde, sus esperanzas están retas y firmes, tiene confianza, y sabe que si el cremento pasa de la meta y raya, trae algunos vicios; la confianza y fortaleza se hace temeritas. La eutropelia ó conversacion se hace parlería, como en el que bebió mucho vino, habla mucho, descubre el secreto:

Operta recludit in praelia trudit inermem;

porque se perturba el juicio con el grande arroyo del cremento, como en los niños. Todo le alegra, todo le contenta; regocijase, canta, conversa, juega, lujuria; está sabio, juzga bien segun su juicio, tiene memoria segun su memoria, no se aira fácilmente; su voluntad es constante, no muda lugares, no es cobarde ni tímido,

tiene confianza, es amable, excita el amor para ser querido, persuade lo que ruega, no muda su estilo en lo que habla ó escribe, no yerra, juzga verdaderamente, y es prudente. De esto se maravillaba Plinio, y dudando la causa, dijo: *Quid? quod nemo mortalium omnibus horis sapit?* ¿Qué será, que no en todas horas está el hombre sabio?

Ver. Dadnos las causas y razones, por vuestra vida, señor Antonio, de todas esas mudanzas y alteraciones que hace el hombre en el decremento ó flujo del cerebro.

Ant. Si daré; y sabe, lo primero, que en esta disminucion ó decremento del cerebro, que es la raíz principal del hombre, que se llamó árbol del reves cuando ésta disminuye, es como ir á la nada y dejar de ser, y en esto consiste la tristeza. Y en el aumento ó cremento (que es tomar sér) consiste el alegría; que allí es su lugar, y no en el corazon; y por esto la tristeza es una perpétua noja del flujo ó decremento del cerebro, y al contrario, el alegría es afecto del aumento, y es tímida la esperanza y no confía ó teme, por la niebla y obscuridad que el flujo allí causa, perturbando y despinando las especies que estaban fijas, retas y claras; de todo le pesa y se enoja fácilmente, porque tiene consigo la mayor pérdida natural que puede tener, y el mismo afecto de la ira y la tristeza luégo convierte aquellas especies que llegan en tristeza, y las hace de su naturaleza, y no le contenta nada, porque no le quitan su daño; olvidase, no está sabio ni prudente; yerra, porque las especies se caen con el jugo del cerebro, y no está claro, sino ofuscado, ni las especies están fijas, y así muda el estilo, que parece remiendo y de otro autor; no es constante, sino mudable, la voluntad, y muda lugares, porque huye de sí mismo y de su daño y disminucion, que él no entiende ni siente, y huyendo, todo lo quiere probar, porque nada le da alegría, deseando y pensando que el otro cómodo ó lugar le enmendará su falta y descontento, tristeza ó dolor. Huye de la conversacion, no se burla ni juega, ni canta ni rie, por la tristeza natural del decremento; ántes gime, llora y suspira, que es echar fuera por lágrimas el humor líquido, que cae por suspiros, los espíritus que caen. No conversa; y así vemos que todo animal, para morir, se aparta y huye del consorcio y compañía, los tiempos y las horas le parecen más largos, porque no vive, sino muere; no se aumenta, sino se disminuye; nada le contenta, riñelo todo, es mal acondicionado, no es afable ni fácil, ni tiene la eutropelia (que es buena conversacion), porque no se goza con nada ni se alegra, porque esto es del cremento; la esperanza se vuelve tímida, hácese cobarde por la timiebla dicha, arroja lo que tiene en las manos, porque otra mayor pérdida tiene consigo, y áun puede ser tan grande, que arroje tambien la vida por pasar de presto tan gran mal, tal dolor y daño, y muerte tan prolija; pierde la gracia, no es amable ni mueve amor el hombre ni la mujer en el decremento, ni persuade lo que ruega, como en el cremento; ántes mueve ódio y aborrecimiento, porque toda cosa pulcra, hermosa y buena es perfeccion de naturaleza y está en cremento, y esto es lo que es amable. Al contrario, en decremento está la imperfeccion, fealdad y el camino á la nada,